Con estás palabras finaliza una de las oraciones que en el santo sacrificio de la Misa se dicen después del augusto rito de la consagración. Cristo, bien lo sabéis, está realmente presente en el altar, no ya sólo para tributar al Padre homenaje perfecto con su mística inmolación, que renueva la del sacrificio del Calvario, sino también para darse en alimento a nuestras almas bajo las especies sacramentales.

Claramente manifestó Jesús esta intención de su corazón sagrado al instituir este sacramento: «Tomad y comed, esto es mi cuerpo[67]». «Tomad y bebed, pues ésta es mi sangre[68]».

Si Nuestro Señor quiso quedarse presente bajo las especies de pan y de vino, fué para ser nuestro alimento. - Así, pues, si queremos conocer por qué Cristo instituyó este sacramento a modo de manjar, veremos que, ante todas las cosas, lo hizo para mantener en nosotros la vida divina; y luego para que, recibiendo de Él esa vida sobrenatural, siempre le estemos unidos. La Comunión sacramental, fruto del sacrificio eucarístico, es para el alma el medio más seguro de vivir unida a Cristo Jesús.

---

67. I Cor., XI, 24.
68. Cf. Luc., XXII, 17 y 20.

La verdadera vida del alma, la santidad sobrenatural, está, ya lo he dicho también, en esa unión con Cristo. Jesús es la vid, nosotros los sarmientos; la gracia es la savia que del tronco pasa a las ramas para que den fruto. Pues bien, Cristo nos colma de su gracia, sobre todo, dándose a nosotros en la Eucaristía.

Contemplemos con reverencia y fe, con amor y confianza, este misterio de vida, en el cual nos unimos con Aquel que es a un mismo tiempo nuestro divino modelo, nuestra satisfacción infinita y aun la fuente misma de nuestra santidad[69].

Luego veremos cuáles han de ser las disposiciones para recibirle, si hemos de llegar a la perfecta unión que Cristo quiere realizar al darse así a nosotros.

## I

Cuando, al orar, pedimos al Señor que nos diga por qué, en su eternasabiduría, se dignó instituir este inefable sacramento ¿qué nos responde el Señor?

---

69. Catec. del Concilio de Trento, cap. XX, § 1.

Dícenos, ante todas las cosas, lo que por vez primera dijo a los judíos, al anunciarles la institución de la Eucaristía: «Como el Padre que vive me envió, y yo vivo por el Padre, así el que me comiere vivirá por mí[70]». Como si dijera: Todo mi anhelo es comunicaros mi vida divina. A mí, el ser, la vida, todo me viene de mi Padre, y porque todo me viene de Él, vivo únicamente para Él; así, pues, yo sólo ansío que vosotros también, que todo lo recibís de mí, no viváis mas que para mi. Vuestra vida corporal se sustenta y se desarrolla mediante el alimento; yo quiero ser manjar de vuestra alma para mantener y dar auge a su vida, que no es otra que mi propia vida[71]. El que me comiere, vivirá mi vida; poseo en mí la plenitud de la gracia, y de ella hago partícipes a los que me doy en alimento. El Padre tiene en sí; mismo la vida, pero ha otorgado al Hijo el tenerla también en sí[72]; y como yo poseo esa vida, vine para dar vida, pero abundante y plena[73]. Os doy la vida al darme a mi mismo como

---

70. JOAN., VI, 57.
71. Conc. Trid., Sess. 13, cap. 2.
72. JOAN., V, 26.
73. *Ibíd.*, X, 10.

manjar. Yo soy el pan de vida, el pan vivo que bajó del cielo para traeros la vida divina; ese pan que da la vida del cielo, la vida eterna, cuyo preludio es la gracia[74]. Los judíos en el desierto comieron el maná, alimento corruptible; pero yo soy el pan que siempre vive, y siempre es necesario a vuestras almas, pues «si no le comiereis, pereceréis sin remedio[75]».

Tales son las palabras mismas de Jesús. Luego Cristo no se hace realmente presente sobre el altar tan sólo para que le adoremos, y le ofrezcamos a su Eterno Padre como satisfacción infinita; no viene tan sólo a visitarnos, sino para ser nuestro manjar como alimento del alma, y que, comiéndole, tengamos vida, vida de gracia en la tierra, vida de gloria en el cielo.

«Como el Hijo de Dios es la vida por esencia, a Él le toca prometer, a Él comunicar la vida. La humanidad santa que le plugo asumir en la plenitud de los tiempos, toca tan de cerca la vida, y tan bien se apropia su virtud, que de ella brota una fuente inagotable de agua viva... ¿No es el pan de vida, o mejor dicho, no es un

---

74. Joan., VI, 35, 48, 51.
75. *Ibíd.*, VI, 54.

pan vivo el que comemos para tener vida? Pues ese pan sagrado es la carne de Cristo, carne viva, carne unida a la vida, carne llena y penetrada del espíritu vivificador. Pues si el pan común, que carece de vida, mantiene y conserva la del cuerpo, ¿cuán admirable no será la vida del alma en nosotros, que comemos un pan vivo, que comemos la vida misma en la mesa del Dios vivo? ¿Quién jamás oyó semejante prodigio, que la vida pudiera ser comida? Sólo Jesús pudo darnos tal manjar. Es vida por naturaleza; quien le come, come la vida; ¡Oh banquete de delicias de los hijos de Dios[76]!» . -Por eso el sacerdote, al dar la Comunión dice a cada uno: «¡El cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarda tu alma para la vida eterna.!»

Ya os dije que los sacramentos producen la gracia que significan.- En el orden natural, el alimento conserva y sustenta, aumenta, restaura y hace dilatarse la vida del cuerpo[77]. Así, ese pan celeste es manjar del alma que *conser-*

---

76. BOSSUET, *Sermon pour le Samedi Saint.*
77. Son, según Santo Tomás, los cuatro efectos del alimento: el santo Doctor los aplica a la Eucaristía, alimento del alma. (III, q. LXXIX, a. 1.)

*va, repara, acrecienta y dilata* en ella la vida de la gracia, puesto que le comunica al Autor mismo de la gracia.

Por otras puertas puede entrar en nosotros la vida divina, pero en la Comunión inunda nuestras almas «cual torrente impetuoso.» De tal modo es la Comunión sacramento de vida que, por sí misma, perdona y borra los pecados veniales, a los que estamos más apegados[78]; obra de tal manera, que, recobrando en el alma la vida divina su vigor y su hermosura, crece, se desarrolla y da frutos abundantes. ¡Oh festín sagrado, convite en el que el alma recibe a Cristo[79]! ¡Oh Cristo Jesús, Verbo encarnado!, « en quien habita corporalmente la plenitud de la divinidad[80]», venid a mí para hacerme partícipe de esa plenitud; ahí está mi vida, puesto que recibiros es llegar a ser hijo de Dios[81]; es tener parte en la vida que del Padre recibisteis y mediante la cual vivís por el Padre; vida que de vuestra humanidad se desborda sobre todos vuestros hermanos en la gracia:¡Venid,

78. Véase el texto ya citado del Concilio de Trento, pág. 210.
79. Antíf. del *Magnificat* de las II Vísperas del Corpus.
80. Col., II, 9.
81. Joan., I, 12.

Señor, sed de mi manjar, para qué vuestra vida sea la mía[82]!.

## II

Una de las intenciones del corazón de Jesús, al instituir el sacramento de la Eucaristía, fué el que ella sea el pan celestial que conserve y aumente en nosotros la vida divina; pero aún hay otro fin que Cristo se propuso y completa el primero: «El que come mi carne y bebe mi sangre en mí mora, y yo en él.» ¿Qué quiere decir la palabra «morar»?

Cuando se lee el Evangelio de san Juan - que nos refiere las palabras de Jesús - se advierte que casi siempre emplea ese vocablo para expresar la unión perfecta. No hay unión más estrecha que la del Padre y del Hijo en la Trinidad adorable, puesto que entre ambos poseen, en unión también con el Espíritu Santo, la misma y única naturaleza divina; san Juan dice que «el Padre mora en el Hijo»

«Morar en Cristo» es, en primer lugar, tener parte por la gracia en su filiación divina;

82. *Ibíd.*, VI, 55.

es ser uno con Él, siendo como Él hijo de Dios, aunque a titulo diverso. Es la unión primaria y fundamental, la que el mismo Cristo señala en la parábola de la viña : «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: el que *mora* en mí y yo en él, da frutos abundantes [83]».

Esa unión no es la única. «Morar» en Cristo es hacerse uno con Él en todo lo tocante a nuestra inteligencia, voluntad y acción. - «Moramos» en Cristo por la *inteligencia,* al acatar por un acto de fe simple, puro e íntegro cuanto Cristo nos enseña. El Verbo está siempre en el seno del Padre, ve los divinos arcanos y nos manifiesta 1o que ve[84]. Por la fe respondemos «así es», Amén, a cuanto el Verbo encamado nos dice; creemos en su palabra, y de este modo, nuestra inteligencia se identifica con Cristo. La sagrada Comunión nos hace morar en Cristo por la fe; no podemos, recibirle si no aceptamos por la fe cuanto Él es y cuanto dice. Mirad cómo, al anunciar Jesús la Eucaristía, les dice : «Yo soy el pan de vida; el que viene a mí, no tendrá hambre y el que cree en mí no tendrá sed jamás[85]».

---

83. Joan., XIV, 19.
84. *Ibíd.,* I, 18.
85. *Ibíd.,* VI, 35.

Y viendo que los judíos incrédulos murmuran, repíteles sus palabras: «En *verdad, en* verdad os digo, el que cree en mí tiene la vida eterna[86]». Cristo, pues, se nos da en alimento, mediante la fe, y unirse a Él es aceptar, inclinando la inteligencia ante su palabra, todo cuanto Él se nos revela. Cristo es alimento de nuestra inteligencia al comunicarnos toda verdad.

Morar en Él es también someter *nuestra voluntad* a la suya y hacer que toda nuestra actividad sobrenatural dependa de su gracia.- Es decir, que debemos permanecer en su amor, acatando reverentes su santísima voluntad: « Si guardáis mis preceptos, permaneceréis en mi amor, del mismo modo que yo he *guardado los* preceptos de mi Padre y permanezco en su amor[87]». Es anteponer sus deseos a los nuestros, abrazar sus intereses, entregarnos a Él enteramente, sin cálculo ni reserva alguna, pues no puede *permanecer* quien no es fijo y estable, con la confianza omnímoda de la esposa para con su esposo. Nunca la esposa es más grata al esposo que cuando única y totalmente lo fía todo a su prudencia, poder, fuerza y amor.

---

86. Joan., VI, 47.
87. *Ibíd.*, XV, 10.

De aquí que este pan celestial, siendo sustento del amor, conserve la vida de nuestra voluntad.

Tal es el estado divino que Cristo quiere fundar en el alma del que le recibe; el Señor viene a ella para que ella «permanezca en Él», esto es: que teniendo confianza plena en su palabra, se abandone a Él para cumplir en todo su divino beneplácito, sin tener otro móvil en toda su actividad que la acción de su Espíritu[88].

Nuestro Señor también mora en el alma[89]. -Mirad que ocurría en el Verbo encarnado. Había en Él una actividad natural, humana, muy intensa; pero el Verbo, al que estaba indisolublemente unida la humanidad, era la hoguera en que se alimentaba y de donde irradiaba toda su actividad.

Lo que Cristo anhela obrar al darse al alma es algo parecido. Sin que la unión llegue a ser tan estrecha como la del Verbo con su santa humanidad, Cristo se da al alma para ser en ella, por medio de su gracia y la acción de su Espíritu, fuente y principio de toda su activi-

---

88. I Cor., VI, 17.
89. Joan., XV, 5.

dad interior. *Et ego in eo;* está en el alma, mora en ella, pero inactivo; quiere obrar era ella[90] y cuando el alma se entrega de veras a Él, a su voluntad, tan poderosa se manifiesta entonces la acción de Cristo que esa alma llegará a buen seguro a la mayor perfección, según los designios que Dios tenga sobre ella. Pues Cristo viene a ella con su divinidad, con sus méritos, sus riquezas, para ser su luz, su camino, su verdad, su sabiduría, su justicia, su redención[91], en una palabra, para ser la vida del alma, para vivir Él mismo en ella[92]. El anhelo del alma es no hacer más que una sola cosa con el amado; la Comunión, en la que el alma recibe a Cristo en alimento, realiza ese anhelo, transformando poco a poco al alma en Cristo.

## III

Y, cierto, los Padres de la Iglesia hicieron notar la enorme diferencia que hay entre la acción del alimento que da vida al cuerpo y

90. *Usque modo operor,* Joan., V, 17.
91. I Cor., I, 30.
92. Gal., II, 20.

los efectos que en el alma produce el pan eucarístico.

Al asimilarnos el, alimento corporal, lo transformamos en nuestra propia substancia, en tanto que Cristo se da a nosotros a modo de manjar para transformarnos en Él. - Son muy notables estas palabras de san León: «No hace otra cosa la participación del cuerpo y sangre de Cristo, sino trocarnos: en aquello mismo que tomamos»[93]. Más categórico es aun san Agustín, quien pone en boca de Cristo estas palabras: «*Yo* soy el pan de .los fuertes; ten fe y cómeme. Pero no me cambiarás en ti, sino que tú serás transformado en mi»[94]. Y santo Tomás concreta esta doctrina en pocas líneas, con su habitual claridad: «El principio, para llegar a comprender bien el efecto de un Sacramento está en juzgarlo por analogía con la materia del Sacramento... La materia de la Eucaristía, es un alimento; es, pues, necesario que su efecto sea análogo al de los manjares. Quien asimila el manjar corporal, lo transforma en sí; esa transformación repara las pérdidas del organismo y le da el desarrollo conve-

93. *Sermo.* LXIV, *de Passione*, 12, c. 7.
94. *Confess.,* Lib. VII, c. 4.

niente. No así en el alimento eucarístico, que, en vez de transformarse en el que lo toma, transforma en sí al que lo recibe. De ahí que el efecto propio de ese Sacramento sea transformar de tal modo al hombre en Cristo, que pueda con toda verdad decir: Vivo yo; mas no yo, sino que vive Cristo en mí[95]».

¿Cómo se obra esa transformación espiritual? Al recibir a Cristo, lo recibimos todo entero: su cuerpo, su sangre, su alma, su divinidad y su humanidad. Hácenos participantes de cuanto piensa y siente, nos comunica sus virtudes, pero sobre todo «enciende en nosotros el fuego que vino a traer a la tierra[96]», fuego de amor, de caridad. No es otro el fin de la transformación que la Eucaristía produce. «La eficacia de este sacramento, escribe santo Tomás, consiste en obrar cierta transformación en Cristo mediante la caridad. Ése es su fruto propio... Y propio es de la caridad transformar al amante en el amado». - Así, pues, la venida de Cristo a nosotros se encamina por naturaleza a establecer entre sus pensamientos y los nuestros, entre sus sentimientos y nuestros sen-

---

95. *In IV Sentent., Dist.* 12, q. 2, a. 1.
96. Luc., XI, 49.

timientos, entre su voluntad y la nuestra, tal cambio, correspondencia y semejanza, que ya nuestros pensamientos, nuestro sentir y nuestro querer no sean otros que los de Jesucristo[97]. Y esto tan sólo por amor: el amor entrega a Cristo la voluntad entera, y con ella todo nuestro ser, todas nuestras energías; de aquí dimana que, siendo el amor el que enteramente entrega el hombre a Dios, sea también la causa, de nuestra transformación y de nuestro desarrollo espiritual. Bien dijo san Juan: «El que permanece en la caridad, en Dios permanece, y Dios en él»[98].

Si eso falta, ya no hay verdadera «Comunión»; recibimos a Cristo con los labios, cuando es menester unirnos a Él de espíritu, de corazón, de voluntad, con nuestra alma toda para participar, en cuanto en la tierra es posible, de su vida divina; de modo que, realmente, por la fe que en Él tenemos, por, el amor que le profesamos, su vida sea el principio de la nuestra, y no ya nuestro «yo». Bien claramente lo demuestra una oración que la Iglesia pone en labios del sacerdote después de la Comunión: «Haz, Se-

---

97. PHILIPP., II, 5.
98. JOAN., IV, 16.

ñor, que nuestra alma y nuestro cuerpo estén tan rendidos a la operación de este don celestial, que no sea nuestro propio sentir, sino el efecto de este sacramento el que siempre domine en nosotros[99]». De esta oración de la Iglesia se corrige que la acción de la Eucaristía se transfunde del alma aun sobre el mismo cuerpo. Cierto que Cristo se une inmediatamente al alma; cierto que viene, en primer lugar, a asegurar y confirmar su deificación[100]. Pero la unión del cuerpo y del alma es tan honda e intima, que según que acrecienta la vida del alma y poderosamente la impele hacia las delicias de lo Alto, la Eucaristía mitiga los ardores de la carne y da la paz a todo nuestro, ser.

Los Padres de la Iglesia[101] hablan de una influencia aún más directa. ¿Qué extraño es esto? Cuando Jesucristo vivía en el mundo, bastaba el solo contacto con su humanidad para sanar los cuerpos. Y, ¿habríamos de amenguar ese poder curativo porque Cristo se esconda tras los velos de las especies sacramentales? «¿Pen-

99. Postcomunión del 8.º Domingo después de Pentecostés.

100. Postcomunión de la tercera semana de Cuaresma.

101. San Just. *Apolog. ad Anton. Pium*, n. 66. San Ireneo, *Contra haereses*, L. V, c. 2. San Cirilo Jerosolimitano, *Catech.*, XII (*Mystag*... IV), n. 3; *Catech.*, XIII (*Mystag*... V), n. 15.

sáis, decía santa Teresa, que no es mantenimiento, aun para estos cuerpos, este santísimo manjar, y gran medicina, aun para los males corporales? Yo sé que lo es, y conozco una persona de grandes enfermedades, que estando muchas veces con grandes dolores, como de la mano se le quitaban, y quedaba buena del todo... Cierto, nuestro adorable Maestro no suele mal pagar la morada que hace en la posada de nuestra alma cuando recibe buen hospedaje[102]». Antes de comulgar, el sacerdote suplica a Cristo que «la recepción de su carne santísima aproveche para defensa del alma y del cuerpo». La misma oración nos manda repetir la Iglesia en varias de sus postcomuniones, para dar gracias a Dios por el don celestial que nos otorga: «Purifica, Señor, nuestras almas, renuévalas por tus celestiales sacramentos, para que aun nuestros cuerpos experimenten tu ayuda así en esta vida como en la otra[103]». No echemos en olvido que Cristo está siempre vivo, siempre obrando; cuando viene a nosotros, une nuestros miembros a los suyos; purifica, eleva, santifica, transforma en

102. *Camino de perfección,* cap. XXXIV. La Santa es aún más explícita en el cap. XXX de su Vida.
103. Postcomunión del 15.º Domingo después de Pentecostés.

cierto modo nuestras facultades, de suerte que, conforme al hermoso pensamiento de un autor antiguo, amamos a Dios con el corazón de Cristo, le alabamos con sus labios, nuestra vida es su vida. La presencia divina de Jesús y su virtud santificadora tan íntimamente impregnara todo nuestro ser, cuerpo y alma con todas sus potencias, que llegamos a ser como otros Cristos.

Tal es el remate, muy sublime por cierto, de esa unión con Cristo en la Eucaristía, que propende a realizarse más perfectamente cada día y en cada comunión que recibimos. ¡Si conociésemos el don de Dios! Pues los que en esta fuente beben el agua de la gracia no tendrán ya más sed, están refrigerados[104]; hallan en esa fuente todos los bienes[105]. Del altar dimanan para nosotros toda bendición y toda gracia.

## IV

Tan maravillosos efectos no se obran en el alma sin que ésta se haya preparado a la efu-

---

104. JOAN., IV, 13.
105. ROM., VIII, 32.

sión de tantos bienes. Es verdad, como ya os he dicho, que los sacramentos producen por sí mismos el fruto para que han sido instituidos, pero siempre que ningún obstáculo se oponga a su acción. -Pues bien, ¿cuál es aquí el obstáculo?

Claro que no puede haberle por parte de Cristo: «en Él están todos los tesoros de la divinidad», y ansía infinitamente infundírnoslos dándose a nosotros; y no los escatima; pues si viene para darnos la vida, quiere darla con sobreabundancia, repitiendo a cada uno de nosotros lo que decía a sus Apóstoles: «Ardientemente he deseado comer esta pascua con vosotros[106]».

No echemos en olvido que la Comunión no es invención humana, sino un sacramento instituido por la Eterna Sabiduría. Pues a la sabiduría incumbe el hacer que los medios vayan proporcionados con el fin. Luego si nuestro divino Salvador instituyó la Eucaristía para unirse a nosotros y hacernos vivir su vida, tengamos por cierto que este Sacramento contiene cuanto es menester para realizar esa unión y llevarla hasta el supremo grado;

106. Luc., XXII, 15.

virtud y eficacia incomparable tiene invención tan maravillosa para obrar en nosotros una transformación divina.

Los obstáculos, pues, están en nosotros. -¿Cuáles son? Para saberlo sólo precisamos considerar la naturaleza de este Sacramento. Es un manjar que ha de *conservar la vida y cimentar la unión.*

Todo cuanto se opone a la vida sobrenatural y a la unión es obstáculo para recibir y sacar fruto de la Eucaristía. El pecado mortal, que causa la muerte del alma, es obstáculo absoluto; como el alimento no se da más que a los vivos, así Eucaristía no se da más que a los que tienen ya la vida de la gracia. Es la primera condición, y basta ella, con «la recta intención», para que todo cristiano pueda acercarse a Cristo y recibir el pan de vida. Así lo declaró en un memorable documento el gran Pontífice Pío X[107]. El sacramento obra *ex opere operato;* por sí misma, la Eucaristía nutre al alma y acre-

---

107. Decreto de 20 de diciembre de 1905. — El Sumo Pontífice explica así la recta inteción: "Consiste en acercarse a la sagrada mesa no por rutina, o por vanidad, o por miras humanas, sino por cumplir la voluntad de Dios, unirse a Él más estrechamente por la caridad, y, merced a este divino remedio, combatir los propios defectos y debilidades".

cienta la gracia, al propio tiempo que el hábito de la caridad. Ése es el fruto primario y esencial del sacramento.

Hay, además, otros frutos, secundarios, es cierto, pero tan grandes, no obstante esto, que bien merecen no los pasemos por alto: son las gracias actúales de unión que excitan nuestra caridad a obrar[108], alientan nuestro fervor a volver, amor por amor, a cumplir la voluntad divina, a evitar el pecado, y llenar de gozo el alma: «La Dulzura de ese, pan celestial, lleno de suavidad», se comunica al alma para darle aliento en su devoción y en el servicio de Dios, y fortalecerla contra el pecado y las tentaciones[109]. -Pero estos efectos secundarios pueden ser más o menos abundantes; y, de hecho, dependen, en no corta medida, de nuestras disposiciones[110], máxime cuando el amor, principio de unión, es el móvil que nos impide preparar al Señor una morada menos indigna de su divinidad, y a tributarle con el mayor afecto posible los obsequios a que se hace acree-

108. "El Sacramento excita la caridad no sólo en cuanto al hábito, sino también en cuanto al actor." Santo Tomás, III, q. LXXIX, a. 4.

109. Véase el *Catecismo del Concilio de Trento,* cap. XX, § 1.

110. D. Coghlan, *De S.S. Eucharistia,* p. 368.

dor al venir a nosotros. Verdad que Cristo, como soberanamente libre e infinitamente bueno, otorga sus dones a quien le place; pero a más de que su majestad infinita pues permanece siempre Dios requiere de nosotros que le preparemos, en cuanto lo permita nuestra condición, una morada en nuestro corazón, ¿podríamos dudar un solo instante que no mire con singular complacencia los esfuerzos de un alma que desea recibirle con fe y con amor[111]?

«Mirad cómo recompensó los deseos y esfuerzos de Zaqueo. Este príncipe de los publicanos sólo quería ver a Jesús; y el Señor, al encontrarle, se adelanta a sus deseos y le dice que va a aposentarse en su casa. Y su visita le vale el perdón y la salvación. Ved también lo que acontece cuando Simón el fariseo recibe a nuestro Señor. Durante el convite, una mujer, Magdalena, entra en el aposento, se acerca a Jesús y derrama olorosos perfumes

---

111. "Aunque los sacramentos de la nueva ley producen su efecto *ex opere operato* (por sí mismos), sin embargo de ello, tanto mayor es ese defecto cuanto más perfectas son las disposiciones de los que reciben el sacramento, Así, pues, debemos procurar que a la Sagrada Comunión preceda una preparación diligente, y le siga la conveniente acción de gracias." Pío X, Decreto de 20 de diciembre de 1905, acerca de la comunión diaria.

sobre sus pies, y los besa reverente. Los comensales reconocen al punto que aquella mujer es una pecadora, y Simón fariseo se indigna y piensa en su interior: «¡Si Jesús supiese siquiera quién es esa mujer...!» Conoce Cristo aquellos pensamientos secretos y hácese el abogado de la mujer, poniendo en parangón lo que ella hace por agradarle con lo que el fariseo ha dejado de hacer al concederle hospedaje: «¿Ves esa mujer?, dice Jesús a Simón-. Entré en tu casa y no me has dado agua con que lavar mis pies, pero ella los ha bañado con sus lágrimas y enjugado con sus cabellos. Tú no me has dado el ósculo de paz, pero ésta, desde que llegó, no ha cesado de besar mis pies. Tú no has ungido con óleo mi cabeza, y ésta ha derramado perfumes sobre mis pies. Por todo lo cual te digo que le son perdonados muchos pecados, porque ha amado mucho... » Luego dijo a la mujer: «Perdonados te son tus pecados, tu fe te ha salvado; vete en paz[112]».

Ya veis, pues, cómo el Señor anda solícito de las disposiciones, de las pruebas de amor con que le recibimos. La Eucaristía es el sacramento de la unión, y cuantos menos obstá-

112. Luc., VII, 36-39; 44-50.

culos encuentra Cristo para que esa unión sea perfecta, tanto más obra en nosotros la gracia del sacramento. El Catecismo del Concilio de Trento nos dice que «recibimos toda la plenitud de los dones de Dios cuando recibimos la Eucaristía con corazón bien dispuesto y perfectamente preparado[113]».

## V

Hay, empero, una *disposición general muy* importante, que dimana de la naturaleza de la unión, y sirve admirablemente de preparación habitual a nuestra unión con Cristo, y muy particularmente a la perfección de esa unión: es la *donación total de uno mismo a Jesucristo,* renovada con frecuencia. Esa donación al Verbo hecho carne comenzó en el Bautismo; allí, por vez primera, Cristo tomó posesión de nuestra alma, y nosotros empezamos por la gracia a asemejarnos a Dios y a vivir unidos a Él. Pues bien, cuanto más fijos permanezcamos en esa *disposición* fundamental, que empezó en el Bautismo, de morir para el pecado

113. Cap. XX, § 3.

y vivir para Dios, tanto mejor será nuestra preparación remota para recibir la abundancia *de* la gracia eucarística. Guardar apego al pecado venial, a imperfecciones deliberadas, a negligencias voluntarias, a infidelidades meditadas, son cosas que desagradan al Señor que viene a nosotros. Si ansiamos esa unión perfecta, no hemos de «regatear» a Cristo nuestra libertad de corazón; ni reservar en ese corazón un lugar, por mínimo que sea, a la criatura amada en cuanto tal; hemos de negarnos a nosotros mismos, desasirnos de las criaturas, suspirar por el advenimiento perfecto del reino de Jesucristo en nosotros mediante la sumisión de todo nuestro ser a su Evangelio y a la acción del Espíritu Santo.

Es ésta una de las mejores disposiciones. ¿Qué es lo que impide a Cristo el identificarnos completamente con Él cuando viene a nosotros? ¿Son tal vez nuestras flaquezas de cuerpo y de espíritu, las miserias inherentes a nuestra condición de desterrados, las servidumbres con, que se halla esclavizada nuestra humana naturaleza? Cierto que no; esas imperfecciones, aun las mismas faltas en que caemos, que lamentamos y procuramos corregir, no detienen a Cristo; al contrario, viene a nosotros para

ayudarnos a corregir esas faltas y a llevar con paciencia esas flaquezas; es pontífice compasivo que «conoce de qué barro estamos formados[114]», y que «ha cargado con todas nuestras dolencias[115]».

Lo que pone trabas a la perfecta unión son los hábitos malos, conocidos y no desaprobados, y a los que, por falta de generosidad, no nos atrevemos a tocar, así como el apego voluntario a nosotros mismos o a las criaturas: mientras no trabajemos eficazmente por desarraigar esos malos hábitos y por romper esas ligaduras a fuerza de una constante vigilancia sobre nosotros mismos y de la mortificación, Cristo no podrá hacernos participantes de la plenitud de su gracia.

Esto es sobre todo verdadero tratándose de faltas deliberadas o habituales contra la caridad para- con el prójimo. Ya desarrollaré este punto al exponeros los motivos que tenemos para amarnos mutuamente, pero no estará de más decir aquí algunas palabras. Cristo es uno con su cuerpo místico; por la gracia todos los cristianos son sus miembros. Cuando comul-

---

114. *Salmo* CII, 14.
115. Isa., LIII, 4.

gamos, debemos hacerlo con Cristo, total, entero; es decir, unirnos por la caridad con Cristo en su ser físico, y también con los miembros de Cristo: no podemos separarlos. «Quiso nuestro Señor, dice el Concilio Tridentino, dejarnos este Sacramento como símbolo de la íntima unidad de ese cuerpo místico, cuya cabeza es Él[116]». «No hay más que un solo pan, dice san Pablo hablando de la Eucaristía; así también, aunque seamos muchos, formamos sólo un cuerpo todos los que participamos de un mismo pan[117]». Escuchad lo que el mismo Cristo dice: «Si al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja allí mismo tu ofrenda delante del altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano, y después volverás a presentar tus dones[118]». De aquí que la menor frialdad voluntaria, el más liviano resentimiento para con el prójimo, replegado en el corazón, constituye un grande estorbo para la perfección de esa unión que nuestro Señor quiere tener con nosotros en la Eucaristía.

---

116. Sess. XIII, cap. 2.
117. I Cor., X, 17.
118. Matt., V, 23-24.

Así, pues, si en nuestro corazón descubrimos algún apego voluntario a nuestro propio juicio o a nuestro amor propio, o sobre todo si hay en él hábitos contrarios a la caridad, estemos ciertos que mientras nos avengamos a vivir en ese estado, será limitada la abundancia de los frutos del Sacramento. -En cambio, si un alma toma la resolución de corregirse de los malos hábitos que halla en sí; si seriamente se esfuerza por destruirlos; si se acerca a Cristo en la Comunión para hallar en Él la fuerza que necesita para servirle de veras, tenga por cierto que el Señor la mirará con misericordia, bendecirá sus esfuerzos y la recompensará colmadamente.

Verdad es, repitámoslo, que nuestras disposiciones no causan la gracia del Sacramento, no hacen sino dejar que la gracia fluya libremente, quitando todos los impedimentos; pero debemos, no obstante esto, abrir y dilatar nuestros corazones cuanto podamos a la efusión de los dones divinos. Disposición excelente es, por tanto, procurar con diligencia no rehusar nada a Cristo: un alma que habitualmente se halla dispuesta a desechar de sí todo aquello que en algo puede herir la vista del Divino huésped, y a cumplir siempre su vo-

luntad adorable, está admirablemente «adaptada» a la acción del Sacramento.

La razón es obvia. La Eucaristía es Sacramento de unión, como lo indica el mismo vocablo *Comunión,* Cristo viene a nosotros para unirnos a Él. Unir es hacer de dos cosas una sola. Y nosotros nos unimos a Cristo tal como Él es. Pues bien, toda Comunión supone el sacrificio del altar, y, por consiguiente, el de la Cruz. En la ofrenda de la Misa, Cristo nos asocia a su estado de pontífice; en la Comunión nos hace partícipes de su condición de víctima. El santo sacrificio supone, según dejo explicado, la oblación interior y plena que Jesús hizo a la voluntad de su Padre al entrar en el mundo, oblación que renovó a menudo durante su vida y a la que dió remate con su muerte cruenta en el Calvario. Todo esto, en frase de san Pablo, nos lo recuerda la sagrada Comunión. «*Todas las veces* que comiereis este pan y bebiereis este cáliz, anunciaréis, o *representaréis* la muerte del Señor[119]». Cristo sé da a nosotros en la medida con que nosotros nos damos a Él, a su Padre, a nuestros prójimos, que son los miembros de su cuerpo místico; esta disposición fundamental

119. I Cor., XI, 26.

nos asimila a Cristo, pero a Cristo víctima; es el lazo de unión entre Él y nosotros.

Cuando el Señor halla un alma así dispuesta, entregada del todo y sin reserva a su divino querer, compórtase respecto a ella con aquella virtud divina que, no encontrando obstáculo ninguno, obra maravillas de santidad. La carencia de esa *disposición de unión* es la razón de que muchas almas adelanten tan poco en la perfección, aunque comulguen a menudo. Cristo no encuentra la docilidad sobrenatural que se requiere para. Obrar libremente en ellas; sus afectos están *divididos y repartidos* entre Dios y las criaturas, por el apego voluntario que guardan a su vanidad, a su amor propio, a su delicadeza, a su egoísmo, a sus celos, a su sensualidad, que estorban e impiden la unión entre ellas y Cristo con esa intensidad, esa plenitud mediante la cual se obra y remata la transformación del alma.

Pidamos al Señor que Él mismo nos ayude a adquirir poco a poco esa disposición fundamental; es sumamente estimable, porque acomoda singularmente nuestra alma a la acción del Sacramento de amor y unión divina.

A esta disposición de unión, que sirve en gran manera de preparación habitual, podemos

juntar otra, remota igualmente, pero más bien actual, que consiste en *orientar* cada día, por un acto explícito, *todas nuestras aciones hacia la* comunión, de modo que nuestra unión con Cristo en la Eucaristía sea verdaderamente el sol de nuestra vida. Cuando san Francisco de Sales se ordenó de sacerdote, tomó la resolución de convertir todos los momentos del día en preparación al sacrificio eucarístico que había de celebrar al día siguiente, de manera que pudiese responder con verdad, si le preguntaban en que se ocupaba: «Me preparo a celebrar la Misa[120]». Es práctica recomendable y excelente.

Pero si es cierto «que nada podemos hacer sin Cristo Jesús», ¡cuánto más se realiza esto, cuando tratamos de llevar a cabo la acción más santa de cada día! Unirse sacramental a Cristo en la Eucaristía es para la criatura el acto más sublime que hacer pueda; en su comparación nada es toda la sabiduría humana, por eminente y grande que se la conciba. Sin la ayuda de Cristo, somos incapaces de disponernos para unirnos a Él como debemos. Nuestras plegarias muestran

120. HAMON, *Vida de San Francisco de Sales,* t. I, 1. II, cap. I.

el respeto que a Jesús tenemos; Él es quien se ha de preparar una morada en nosotros, como lo afirma el Salmista: «El Altísimo ha de santificar su tabernáculo[121]». -Sean estas nuestras peticiones cuando por las tardes vamos a visitar al Señor. Sacramentado: «Señor mío Jesucristo, Verbo humanado, quiero prepararte una morada en. mí, mas siéntome incapaz de hacerlo: Tú, que eres sabiduría eterna, por tus méritos infinitos, prepara mi alma para ser templo tuyo; haz que sólo a Tí adhiera; te ofrezco los actos y penas de este día, para que los tornes gratos a tus divinos ojos, y que algún díano me presente yo ante tu acatamiento falto y vacío de méritos». Esta oración es excelente, pues con ella todo durante el día va enderezado a la unión con Cristo; el amor principio de unión, envuelve nuestros actos; lejos de murmurar, si algo nos acaece arduo o desagradable *movimiento de dilección ofrecémoslo* a Cristo, y el alma se hallará de ese modo, casi sin advertirlo, preparada para cuando llegue el instante de recibir a Cristo.

---

121. *Salmo* XLV, 5.

## VI

Después de lo expuesto, sólo resta hacer, cuando llegue el momento de la comunión, la preparación inmediata que requiere la dignidad infinita de Aquél a quien recibirnos. Y aunque esa preparación saque su valor y su *virtud de la disposción fundamental en* que *nos* hemos ocupado, no estará de más decir breves palabras acerca de ella en particular.

Una de las disposiciones inmediatas de mayor importancia es la *fe.* -La Eucaristía es por esencia un «misterio de fe» (Mysterium fidei)[122]. Pero, ¿acaso no, son misterios de fe todos los misterios de Cristo? -Cierto que sí, pero en ninguno es la fe tan util y fecunda como en éste. ¿Por que? -Porque en él ni la razón ni los sentidos advierten cosa alguna de Cristo. -Id al pesebre: Cristo es un niño pequeñuelo, pero los ángeles cantan su venida para manifestar que es Dios y el Salvador de los hombres. Durante su vida pública, sus milagros y la sublimidad de su doctrina dan testimonio de que es Hijo de Dios; en el Tabor, su huma-

122. Palabras contenidas en la fórmula de consagración de la preciosa Sangre.

nidad se transfigura en su divinidad; hasta en la cruz no se encubre del todo su divinidad; la Naturaleza proclama, al conmoverse, que el crucificado es el creador del mundo[123]. En cambió, en el altar no aparecen ni la humanidad ni la divinidad[124]. Para los sentidos, vista, gusto, tacto, no hay sino pan y vino. Para traspasar esas apariencias y penetrar por entre esos velos hasta las realidades divinas, menester son los ojos de la fe: es lo primero que se requiere.

Con claridad meridiana se echa esto de ver cuando se lee el capítulo de san Juan en que se narra cómo Jesús anunció a los judíos el misterio de la Eucaristía[125]. La víspera acaba el Señor de mostrar su bondad y su poder dando de comer a unos cinco mil hombres con sólo cinco panes y algunos pececillos. De resultas de este milagro estupendo, los judíos exclamaron: «Éste es el profeta que ha de venir». Y pasando del pasmo a la obra, quisieron arrebatarle para crearle rey.- Mas he aquí que Jesús les revela un misterio harto más estupendo que el prodigio que acaban de presenciar: «Yo

123. Luc., XXIII, 44 y 45.
124. Himno *Adoro te*.
125. Joan., VI, 30-70.

soy el pan de vida que ha bajado del cielo». Y esas palabras bastan para que al punto se alcen murmullos entre los judíos. «¿No es acaso el hijo de José? Conocemos a su padre y a su madre; pues ¿cómo él dice: He bajado del cielo?»- Y Jesús les responde «No andéis murmurando entre vosotros: Yo soy el pan de vida; vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Éste es el pan que desciende del cielo, a fin de que quien comiere de él no muera. Quien comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que Yo daré es mi misma carne entregada por la vida del mundo». Comenzaron entonces los judíos, cada vez más incrédulos, a altercar unos con otros, diciendo: «¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?»- Cristo, empero, no retira o desdice ninguna de sus afirmaciones, antes, por lo contrario, las afirma, diciendo: «En verdad, en verdad os digo que si no comiereis la carne del Hijo del hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y Yo le resucitaré en el último día, porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida».-La incredulidad Cunde entonces hasta entre sus mismos discípulos. Algunos de .en-

tre ellos lo oyen y protestan. «Dura es esta doctrina, y, ¿quién puede escucharla?» Y desde ese momento, añade san Juan, muchos de sus discípulos, escandalizados, dejaron de seguirle y ya no andaban con Él...-Cuando se hubieron ido, Jesús, vuelto a los doce Apóstoles, les dijo: «Y vosotros, ¿queréis también retiraros?» Respondióle Simón Pedro: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocido que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios».

Creamos también nosotros con Pedro y los Apóstoles que permanecieron fieles; que supla la fe a nuestros sentidos[126]. Cristo lo ha dicho: «Éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre; tomad, comed, y tendréis vida».- Tú lo has dicho, Señor; esto basta, yo creo. Ese pan que nos das, eres Tú mismo; Cristo, Hijo amado del Padre; Tú mismo, que té encarnaste y entregaste por mí, que naciste en Belén, que viviste en Nazaret, que sanaste a los enfermos, que diste vista a los ciegos, que perdonaste a la Magdalena y al buen Ladrón, que en la última Cena dejaste a san Juan reclinar su cabeza sobre tu corazón; Tú, que eres camino, verdad

126. Himno *Pange lingua.*

y vida, que diste tu vida por mi amor, que subiste a los cielos, y ahora, a la diestra del Padre, reinas con Él e intercedes sin cesar por nosotros. ¡Oh Jesús, Verdad eterna! Tú afirmas que estás presente en el altar, real y sustancialmente, con tu humanidad y con todos los tesoros de tu divinidad; yo lo creo, y porque lo creo, me postro en tu presencia para adorarte. Recibe, en cuanto Dios mío y mi todo, este tributo de mi adoración.-Este acto de fe es el más sublime que podemos hacer, y el homenaje más completo de nuestra inteligencia que a Cristo podamos tributar.

Es igualmente un acto de *confianza,* pues Cristo, al que contemplamos con los ojos de la fe, viene a nosotros como cabeza nuestra y como el primogénito de entre nuestros hermanos. Avivemos, pues, nuestros deseos. «¡Oh Señor Jesús!, debemos decirle con el sacerdote, al tiempo de la comunión. No mires a mis pecados, que detesto, sino a la fe de tu Iglesia, que me dice que estás realmente presente bajo los velos de la hostia, para venir a mí. Tienes, Señor, poder para atraerme enteramente a Ti, para transformarme en Ti. Me entrego por completo a Ti para que te haga dueño de todo mi ser, de toda mi actividad, para que yo, no viva

sino de Ti, por Ti y para Ti». Si pedimos esa gracia, no dudemos que Cristo nos la otorgará; por eso hemos de llegar hasta importunarle, sin poner tasa a nuestros santos deseos. Si ponderásemos un poco las riquezas que este sacramento encierra -son infinitas, puesto que contiene al mismo Cristo[127]-, si pudiésemos comprender los frutos que en nosotros puede producir la venida de Cristo, arderíamos en deseos de verlos realizarse en nosotros; todos los frutos de la Redención están en él comprendidos para nuestro provecho[128]. Quiere el Señor, con voluntad intensa, comunicárnoslos, pero exige que escuchemos nuestros corazones con el deseo y la confanza. «Dios sabe ciertamente lo que necesitamos, dice san Agustín[129], pero quiere que nuestro deseo se inflame en la oración para hacernos más capa-

---

127. SANTO TOMÁS, *In* JOAN. *Evang.*, c. VI, lect. 6. Y también: *Effectus quem passio Christi fecit in muindo, hoc sacramentum fácit in homine,* III, q. LXXIX, a. 1.

128. Oración de la fiesta del Santísimo Sacramento.

129. *Sumemus capacius quanto id et fidelus credimus, et speramus firmius et desideramus ardentius. Epist.* CXXX, c. 8. San Agustín dice esto de la vida eterna, pero puede muy bien aplicarse a la Eucaristía, que es prenda de esa vida: *Et futura gloriae nobis pignus datur.*

ces de recibir lo que Él nos prepara. Y tanto más capaces seremos de recibir el pan de vida cuanto nuestra fe en esta vida sea más grande, nuestra esperanza más firme, nuestro deseo más ardiente» «Abre tu boca y Yo la llenaré», nos dice Cristo, como antaño al Salmista[130] «Ábrete por la fe, por la confianza, por el amor, por santos deseos, por *el* abandono en Mí, y Yo te llenaré». -¿De qué, Señor? - «De Mí mismo. Yo me daré a ti, todo entero, con mi humanidad y mi divinidad, con el fruto de mis misterios, con *el* mérito de mis trabajos, con la satisfacción de mis dolores, con el precio de mi pasión. Bajaré a ti, como cuando vine a la tierra, para «destruir y arruinar la obra de Satanás[131]»; para tributar a mi Padre, juntamente contigo, homenajes divinos; te haré partícipe de los tesoros de mi divinidad, de la vida eterna que me viene del Padre y que mi Padre quiere que te comunique para que en todo te asemejes a mí; te colmaré de mi gracia para ser yo mismo tu sabiduría, tu santificación, tu camino, tu verdad y tu vida. Serás como otro yo mismo, en quien, como en mi y a causa de mí,

130. *Salmo* LXXX, II.
131. I JOAN., III, 8.

pondrá el Padre todas sus complacencias... «Dilata tu alma y yo la llenaré».

¿No bastarán estas palabras para entregarnos de todas veras a Cristo, a fin de que su gracia nos invada y realice en nosotros sus divinos anhelos? Reparad cómo Cristo nos devuelve lo que le damos, cómo acrecienta en nosotros esa fe, esa confianza, ese amor con que nos disponemos a recibirle.-Es el Verbo, la palabra eterna, que infunde y traduce en lo íntimo de nuestro corazón los secretos divinos y le inunda con su luz esplendorosa, pues el Verbo ilumina, a todo hombre que viene a este mundo. -Es también el que bajó a la tierra para nuestra salud, y el que en esa unión eucarística nos va a aplicar los méritos infinitos de su muerte. -¡Qué paz y qué invencible seguridad trae Jesús al alma que le recibe! No contento con aplicarle sus méritos satisfactorios, le da prenda segura de la futura gloria[132]. -Por fin, Cristo aviva el amor; el amor vive de unión. Verdaderamente, es éste el sacramento de vida y de acrecentamiento espiritual. Cada comunión bien hecha, nos acerca más y más a nuestro modelo; y en especial, nos hace penetrar y

132. Antífona de Vísperas de la festividad del Corpus.

ahondar más en el conocimiento, en el amor y en la práctica del misterio de nuestra predestinación y de nuestra adopción en Cristo Jesús, perfeccionando en nosotros la gracia de la filiación divina.

Tan importante es esto, que insistiré sobre ello. Toda nuestra santidad se reduce a participar, por medio de la gracia, de la filiación divina de Jesucristo; a ser, por la adopción sobrenatural, lo que Cristo es por naturaleza. Cuanto más abarque esa naturaleza, tanto más elevada será nuestra santidad.-¿Qué es lo que nos da esa participación, y nos hace hijos de Dios? Nos lo dice san Juan: «Es la fe, mediante la cual recibimos a Cristo, origen de toda gracia[133]».-Por tanto, cuanto más arraigada y profunda sea la fe con que a Cristo recibimos,-tanto más Cristo nos comunica lo que tiene de más grande: su cualidad de Hijo de Dios; tanto más grande será la medida de nuestra participación en su filiación divina.

Pues bien; no hay acto en que nuestra fe pueda ejercitarse con mayor intensidad que el de la Comunión; no hay tributo de fe más sublime que el de creer en Jesucristo, oculto en

133. JOAN., I, 12.

cuanto Dios y en cuanto Hombres tras los velos de la sagrada hostia.-Cuando los judios veian a Cristo realizar los más estupendos milagros, como la multiplicación de los panes en el desierto, estaban propensos, por la calidad extraordinaria de esos hechos, a reconocer la divinidad de Jesús; era ese un acto de fe, es cierto, pero de un grado ordinario.-En cambio, cuando el señor decía a los judios: «Yo soy el pan de vida, que ha bajado del cielo», la fe en estas palabras era ya más elevada; tanto, que muchos de sus oyentes no fueron capaces de este acto, y abandonaron a Cristo para siempre.-Mas cuando Cristo, mostrándonos un poco de pan, y un poco de vino, nos afirma: «Ésto es mi cuerpo», «ésta es mi sangre», y nuestra inteligencia descartando lo que antes los sentidos aparece, presta asenso a estas palabras, y nuestra voluntad nos lleva a la sagrada mesa con respeto y amor, para mostrar con obras ese asentimiento nuestro, hacemos el acto de fe más grande y más absoluto que darse pueda.

Recibir a Cristo sacramentado es, pues, hacer el acto de fe más elevado, y, por tanto, participar en sumo grado de su filiación divina. Y he ahí por qué toda comunión bien hecha es para el cristiano tan vital y tan fecun-

da; no ya sólo porque en ella recibimos al mismo Cristo, sino también porque de ningún modo puede manifestarse nuestra fe más viva y más intensa; porque el acto de fe que ejecutamos no es sólo de la inteligencia, sino que todo nuestro ser concurre a él cuando nos acercamos al altar.

Así, pues, la comunión eucarística es el acto más perfecto de nuestra adopción divina.-No hay instante en que con mayor razón podamos decir a nuestro Padre celestial:«Oh Padre celestial, yo vivo en tu Hijo Jesús, y tu Hijo vive en mí. Tu Hijo, que procede de Ti, recibe con toda plenitud comunicación de tu vida divina; yo he recibido con fe a tu Hijo; la fe me dice que en este momento yo estoy con Él; y, puesto que participo de su vida, mírame, Señor, en Él, por Él y con Él, como a hijo de tus complacencias». ¡Qué gracias, qué luz, qué fuerza infunde a los hijos de Dios semejante plegaria! ¡Qué rebosamiento de vida divina, qué unión tan estrecha, qué adopción tan profunda no nos comunica esta fe sin igual! Llegamos al punto culminante, a la cima de la adopción divina a que puede llegarse en este mundo.

En lo concerniente a las «fórmulas» que nos ayudan a la inmediata preparación de esa unión

con Jesús, no se pueden fijar ni concretar exclusivismo. Tanto las necesidades de las almas como su modo de ser, son innumerables.

Unas se esfuerzan por seguir las oraciones y ceremonias del celebrante, y se acercan a la sagrada mesa durante la Misa, en el momento de la comunión; esta es, cuando se puede hacer, la mejor manera de disponerse *inmediatamente* a recibir a Cristo. ¿Por qué las plegarias que la Santa Madre Iglesia pone en boca del sacerdote para prepararse a recibir a Cristo, no habrían de ser buenas para los simples fieles? Preparándose de ese modo, uno se une más directamente al sacrificio de Cristo y a las intenciones de su sacratísmo Corazón: además, el misal contiene, como en el *Gloria in excelsis,* encendidas saetas de fe, confianza y amor. «Alabámoste; adorámoste; glorificámoste, te damos gracias; Señor Dios; Cordero de Dios... que quitas los pecados del mundo, ten piedad de nosotros... Recibe nuestras súplicas; Tú que estás sentado a la diestra del Padre, ten misericordia de nosotros... » ¡Qué acto de fe! Ese pedazo de pan que voy a recibir contiene a Aquel que «en los cielos está sentado a la diestra del Padre, el solo Señor, el solo, Santo, el solo Altísimo, Jesucristo, que con el Espíritu Santo está en la gloria de Dios Padre». Otros

repasan o leen, intercalando aspiraciones de fe, de esperanza y de caridad, el capítulo VI del Evangelio de san Juan, en el cual el Apóstol refiere las promesas de la Eucaristía. También se puede fomentar la devoción con el libro IV de la Imitación. *de* Cristo, especialmente consagrada al Sacramento del Altar: o ya también valerse de fórmulas que se hallan en Devocionarios debidamente aprobados.

En esto cada cual puede seguir aquello a qué su devoción más le incline; pero siempre con tal que .la inteligencia y el corazón se asocien a las palabras que pronuncian los labios; así que, una vez que el alma ensancha su capacidad de unión, mediante una fe viva, una reverencia profunda, una confianza absoluta, un deseo y un amor ardientes, y sobre todo un generoso abandono al divino querer, todo está bien dispuesto; no hay más que acercarse a recibir el don divino...

## VII

La misma franca libertad concedo para la acción *de gracias*.-Unos, silenciosamente recogidos, adoran al Verbo en su pecho. La hu-

manidad que recibimos es la humanidad del Verbo Eterno; por su mediación entramos en comunión con el Verbo, que desde el seno del Padre, in *sinu, Patris, ha* bajado a nosotros. Por esencia, el Verbo está todo entero en su Padre; todo lo recibe de Él, sin que por eso sea inferior al Padre. Pero todo lo endereza a su Padre: su esencia es vivir por el Padre. Cuando así estamos unidos a Él y del todo nos entregamos a Él; por la fe que en Él tenemos, Él nos lleva hasta el Santo de los Santos. Allí nos es dado unirnos a esos actos de adoración intensa que la humanidad de Cristo tributa a la Trinidad beatísima. Tan unidos estamos a Cristo en ese instante, que podemos hacer nuestros los actos de su santa humanidad y tributar al Padre, en unión del Espíritu Santo, los homenajes que más pueden agradarle. Cristo mismo es entonces nuestra acción de gracias, nuestra Eucaristía; Él es, nunca lo olvidéis, quien suple, a todas nuestras flaquezas, a todas nuestras enfermedades, a todas nuestras miserias. ¡Qué ilimitada confianza nace de esa presencia de Cristo en el alma!

También pueden nuestros labios entonar el cántico de la creación que saca vida del Verbo, para que todos los seres que han sido he-

chos por el Verbo[134] ensalcen en Él y por Él la gloria de Dios; esto hace el sacerdote al volver del altar. La Iglesia, esposa de Cristo, que conoce mejor que nadie los secretos de su divino Esposo, ordena al sacerdote que cante, allá en el santuario de su alma, donde el Verbo reside, el cántico interior de la acción de gracias. El alma transporta todas las criaturas a los pies de su Dios y Señor, para que reciba el homenaje de todos los seres que existen o se mueven: *Benedicite omnia opera Domini Domino*[135]. «Obras todas que salisteis de las manos del Señor, bendecidle, alabadle, y ensalzadle para siempre jamás... Ángeles del Señor, bendecid a Dios: bendecidle, cielos... sol y luna; estrellas del cielo, bendecid al Señor. Lluvias, rocío, vientos y tempestades, llamas y fuego, frío y calor, rocío y escarcha, hielos y nieves, alabad al Señor. Noches y días, tinieblas y luz, nubes y relámpagos, alabad al Señor... » El celebrante convida luego a la tierra, a montes y collados, plantas, mares y ríos; a los peces, aves y fieras; a los hombres, a los sacerdotes, a los humildes de corazón y a los

134. Joan., I, 3.
135. Dan., III, 57.

santos, a que glorifiquen a la Trinidad, en quien todo honor redunda por medio de la humanidad santa en Jesús. ¡Qué admirable cántico el de la creación, cantado por el sacerdote en el momento en que está unido al Pontífice Eterno, al mediador único, al Verbo divino, por quien todo fue creado!

Otros, sentados como Magdalena a los pies de Jesús, se entretienen familiarmente con Él, escuchando sus hablas en el fondo del alma y dispuestos a darle todo cuanto les pida; pues en esos momentos en que mora en nosotros la luz divina, suele Jesús, no pocas veces, mostrar al alma lo que de ella quiere y exige. «Éste, pues, es, buen tiempo, dice santa Teresa, para que os enseñe nuestro Maestro, para que le oigamos y besemos los pies, porque nos quiso enseñar, y le supliquemos no se vaya de con nosotros[136]».

También puede leerse con pausa, como si escuchásemos a Cristo, el magnífico discurso después de la Cena, cuando Jesucristo hubo instituido este Sacramento: «Creed que yo estoy en el Padre y el Padre está en Mi... ; el que guarda mis mandamientos, ése me ama, y quien

---

136. *Camino de Perfección,* cap. XXXV.

me ama, será amado de mi Padre, y Yo también le amaré y me manifestaré a él... Como mi Padre me amó, así también Yo os he amado; permaneced en mi amor... Os he dicho estas cosas para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea cumplido... Os he llamado mis amigos, porque todo cuanto he escuchado dé mi Padre os lo he manifestado... El mismo Padre os ama porque vosotros me habéis amado y habéis creído que Ya he salido del Padre... Estas cosas os he dicho para que en Mí tengáis paz; el mundo os perseguirá, pero confiad en Mí; Yo he vencido al mundo[137]».

También podemos conversar mentalmente con Nuestro Señor, como si nos viésemos al pie de la cruz o ya orar vocalmente rezando los salmos referentes a la Eucaristía. «El Señor me gobierna, nada me faltará; Él me hace descansar en lugar de verdes pastos; me ha conducido junto a las aguas refrigerantes, y hace revivir mi alma. Aunque anduviere envuelto por las sombras de la muerte, no temeré ningún mal, pues Vos, Señor, estáis conmigo[138]».

---

137. JOAN., XIV y XV.
138. *Salmo* XXIII, 1-4.

Todas esas disposiciones del alma son excelentes; la inspiración del Espíritu Santo es infinita. Todo estriba en que reconozcamos la magnitud del don divino, que san Pablo llama «inefable[139]», y vayamos a sacar de los tesoros de ese don infinito cuanto necesitamos nosotros, nuestros hermanos y la Iglesia entera; pues «el Padre ama al Hijo y todo lo ha puesto en sus manos para que nos lo comunique[140]». Cristo, pues, al darse, se da del todo; igualmente nosotros debemos entregarnos a Él enteramente, repitiéndole, desde lo íntimo del corazón, aquellas sus palabras: «Quiero siempre cumplir lo que es grato a vuestros ojos[141]»; o también aquellas palabras de Jesús a su Padre en la última Cena, palabras que son la expresión acabada de la unión perfecta: «Todas mis cosas son tuyas, como las tuyas son mías[142]».

Ése es, lo repito, el fruto propio de la Eucaristía; la identificación de nosotros con Cristo, por la fe y el amor. Si recibís bien el cuerpo

139. II Cor., IX, 15.
140. Joan., III, 35.
141. *Ibíd.,* VIII, 29.
142. *Ibíd.,* XVII, 10.

de Cristo, dice admirablemente san Agustín, sois eso mismo que recibís[143].

Cierto que el acto mismo de la comunión es transitorio y pasajero; mas el efecto que produce, la unión con Cristo, vida del alma, es de suyo permanente, y se prolonga todo el tiempo y en la medida que nosotros queremos. La Eucaristía no es el sacramento de la vida, sino porque es *el* sacramento de la- unión preciso *es* que *«permanezcamos en* Cristo y que Cristo *permanezca* en nosotros». No dejemos que en el transcurso del día se amengüe el fruto de la unión y de la recepción eucarística, por causa de nuestra veleidad, de nuestra disipación, de nuestra curiosidad, de nuestra vanidad, de nuestro afán de amor propio. Es un pan vivo, pan de vida, pan que hace vivir, el que hemos recibido. Hemos de ejecutar obras de vida, obras de hijos de Dios, después de habernos alimentado con este pan divino para trocarnos en Él, pues el que afirma que permanece en

---

143. La virtud peculiar de este alimento es producir la unidad, unirnos tan esterchamente al cuerpo de Cristo que, hechos miembros suyos, seamos nosotros mismos aquello que recibimos. LVII, c. 7.

Cristo, ha de vivir como Cristo mismo vivió[144].

Y no digamos, para excusar nuestra pereza y ocultar la falta de generosidad, que somos flacos y débiles. Cierto es y más de lo que pensamos, pero al lado de ese abismo (pues lo es) de nuestra flaqueza, que no excluye la buena voluntad, y que Cristo conoce mejor que nosotros, hay otro abismo: el de los méritos y tesoros infinitos de Cristo; y mediante la comunión, nuestros son esos méritos y esos tesoros, pues Cristo está en nosotros.

---

144. Jaon., II, 6, 6. — Eso mismo nos manda pedir la Iglesia en la misa del Segundo domingo después de Pentecostés: "Haz, Señor, que esta oblación de tu divino Hijo… nos vaya llevando de día en día a la práctica de una vida del todo celestial."

# ÍNDICE

**El Sacrificio Eucarístico**. 5
I. La Eucaristía considerada como sacrificio 10
II. Naturaleza del sacrificio 14
III. La Eucaristía se reproduce y renueva por el sacrificio de la Misa 22
IV. Frutos inagotables del sacrificio del altar 26

**El Pan de Vida**. 50
I. La Comunión es el convite en que Cristo se da como Pan de Vida 52
II. Por la Comunión Jesucristo mora dentro de nosotros 57
III. Por la Comunión Cristo nos transforma en él 61
IV. Necesidad de la preparación para recibir a Jesús 67
V. Cómo ha de ser la preparación 73
VI. Disposiciones próximas: fe, esperanza y amor 82
VII. Acción de gracias después de la Comunión 94